

## 9. No quebrar la caña cascada

Decía ayer que el abad debe mirar la realidad de su comunidad, sobre todo a los miembros más frágiles, con los “subtítulos” de la conciencia de su propia fragilidad. Pero, ¡atención!, no debe mirar la realidad de los hermanos solo con estos subtítulos. Porque si pensamos solo en nuestra fragilidad, corremos el riesgo también de no entender nada de los demás, porque pensemos solo en nosotros mismos, o quizá pensemos también que todas las fragilidades y heridas sean igual que las nuestras. En realidad, las fragilidades humanas son muy diversas, y hay siempre un misterio en el fondo de la herida y la fragilidad de cada uno, un misterio que solo Dios puede comprender, y que solo la misericordia respeta de verdad. ¿Quién de nosotros es consciente de la naturaleza de su propia fragilidad? A menudo la heredamos de una larga historia familiar, también desde nuestra más tierna infancia. Más que querer entenderla, es por tanto importante aprender ante todo a respetar el misterio que ésta representa en nosotros y en los demás. ¿Cómo hacer esto?

San Benito, como hemos visto, pide al abad tener siempre bajo sus ojos la propia fragilidad, pero no le pide solo esto. Le pide al mismo tiempo recordar “no quebrar la caña cascada”, es decir, le pide recordar el Evangelio, en este caso, una palabra de Isaías (Is 42,3) que el Evangelio de Mateo utiliza para describir a Jesús como siervo manso y humilde del Señor (Mt 12,15-21).

En el fondo, el mejor modo de tratar la fragilidad de los hermanos y hermanas es siempre el de pensar cómo Jesús ha tratado la nuestra, cómo Jesús ha tratado y trata la fragilidad de todas las personas. El Evangelio, como toda la Sagrada Escritura, es riquísimo de ejemplos y palabras que nos ayudan a afrontar las fragilidades humanas como Dios las ha afrontado.

En este capítulo 64, la mayor preocupación de san Benito parece ser la de no “quebrar” o “romper” a los hermanos o hermanas frágiles. Pide no raer demasiado la herrumbre para no romper el vaso: “*ne frangatur vas*” (RB 64,12). Después recuerda que no se debe quebrar la caña cascada (RB 64,13). En medio de estos dos ejemplos de “rotura” de lo que es débil, se da la llamada a no perder de vista la propia fragilidad.

Ahora bien, la etimología de la palabra “fragilidad – *fragilitas*” nos remite precisamente al verbo latino “*frangere*”: romper, quebrar. La fragilidad es aquello que en nosotros se puede romper, es el punto débil en el que corremos el riesgo de rompernos, de quebrarnos. Nuestra misma vida humana es frágil porque pende sobre la misma el momento en el que la muerte vendrá a quebrarla. Ninguno puede huir de esta fragilidad esencial de la vida humana. El salmo 89 describe esta fragilidad de todos: la vida es como la hierba que “a la mañana florece y por la tarde la siegan y se seca” (Sal 89,6). Isaías tiene una imagen muy expresiva que la vida es como un hilo que corta el tejedor cuando ha terminado de tejer la tela: “Como tejedor enrollé mi vida; él la cortará del telar; tú me consumirás entre el día y la noche” (Is 38,12b).

Pero pensemos sobre todo en cada vez que Jesús ha rechazado “quebrar” a las personas frágiles que encontraba. Los fariseos tenían, por decirlo así, siempre en mano las tijeras o la guadaña para cortar y arrojar fuera del pueblo, e incluso de la vida, a las personas

impuras, pecadoras, no observantes. Jesús ha hecho siempre lo contrario: cuánto más veía la fragilidad, más sostenía, más protegía. No ha quebrado a la Samaritana, a Zaqueo y, sobre todo, a la mujer adúltera (cfr. Jn 8,1-11).

San Pedro, después de las negaciones, era psíquica y espiritualmente como una caña agrietada, habría bastado una sola palabra de Jesús, una sola mirada severa, para romperlo del todo. Sin embargo, cuando Jesús lo ve a la orilla del lago es como si por tres veces Jesús lo enderezase, lo pusiera en pie, le diera sostén y fuerza para no quebrarse. ¿Cómo? Pidiéndole amor: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” (cfr. Jn 21,15-19). Y fijémonos, que pedir amor, mendigar amor, traduce también una fragilidad, la “fragilidad” de Cristo, la fragilidad de Dios, que ha querido tener necesidad del amor de los seres humanos, de nosotros, pecadores. Es como si Jesús sintiese que “se rompe” si no recibe el amor de Pedro. Y la capa quebrada que es Pedro, recibe fuerza y se endereza gracias a Jesús que lo mira consciente de su “fragilidad divina”, que es la necesidad de ser amado. Cristo a todas las fragilidades humanas con la conciencia, con el “subtítulo”, de su deseo de nuestro amor, con su deseo de ser amado por los pecadores.

Y para Pedro, el ser puesto en pie en lugar de romperse del todo, quiere decir recibir la misión de pastorear los corderos y las ovejas de Jesús (cfr. Jn 21,15.16.17). Y aquí volvemos a la figura del abad según san Benito, el abad misericordioso que es siempre consciente de la propia fragilidad. Pero comprendemos también que la “fragilidad” más profunda del abad, como de todos, es la necesidad de ser amado, como Jesús. Y es una fragilidad que san Benito le pide cultivar, naturalmente sin que se convierta en una manipulación afectiva de los miembros de su comunidad.

Siempre dentro de este capítulo 64, la Regla pide que el abad “busque ser más amado que temido” (RB 64,15). Y al final de la Regla, en el bellissimo capítulo 72, a todos los monjes se les pide “que amen a su abad con caridad sincera y humilde” (RB 72,10).

Detrás de todas estas prescripciones concernientes a la figura del abad, del superior o de la superiora de la comunidad, debemos siempre ver la preocupación de san Benito porque la figura paterna o materna en comunidad represente para los hermanos o hermanas la paternidad misericordiosa de Dios, así como Jesús la ha encarnado y nos la ha revelado. Una paternidad que, lo repito, no teme ser “frágil” en pedir más amor que temor, como lo vemos en el padre de la parábola de Lucas 15, que es un padre que no teme mostrar tanto al hijo perdido como al hijo mayor, que tiene necesidad de sus hijos, que no se puede jamás resignar a la lejanía o al mal humor de sus hijos.

Y si san Benito insiste en la misericordia que debe tener el padre del monasterio, no es para poner al abad en el centro de todo, porque al centro está siempre y solamente Jesucristo, sino porque es consciente que todos estamos llamados a ser misericordiosos como Dios Padre (Lc 6,36), y la figura del abad y de las demás autoridades en comunidad, hasta el ecónomo que debe ser “*sicut pater* – como un padre” (RB 31,2), deben ser una ayuda y un ejemplo para tender a esta perfección esencial de la vida cristiana que es la misericordia de Dios vivida por los hombres.